

CAPÍTULO VII

Nuevas guerras.—Bombardeos.—Paz de Ryswick.

Louvois había oscurecido á Colbert, de modo que puede decirse que en 1670 no existían en el reino vestigios de su influencia, y los intereses del comercio y de la industria se pusieron á la política exterior: un ministro de Hacienda entónces no debía atender más que á investigar los medios, cualesquiera que fuesen, de dirigir acertadamente la guerra. Hubiera debido Colbert renunciar á un puesto que no podía ya conservar con honor; pero el heroísmo de aquellos tiempos difícilmente llegaba hasta el punto de hacer frente á la voluntad de los reyes; nosotros reconocemos de buen grado que se necesita valor para permanecer en un puesto en que podía evitar mayores males, sometiendo á la execración de un pueblo que le maldecía por los infinitos agravios que había recibido, y á la amargura consiguiente á ver arruinados en su nombre los principales establecimientos en cuya prosperidad había puesto su mayor empeño, y que ocupaban soldados aquellos puestos que él había destinado para los que cultivaban las ciencias y la industria. A pesar de todo, Luis recibía siempre mal á este ministro, y llegó hasta echarle en cara la economía con que Louvois había construido las fortalezas de Flándes. Este golpe arrojó de tal manera á Colbert que cayó gravemente enfermo, y cuando Luis mandó á informarse de su salud, aquél exclamó: «No me habéis ya del rey; que me deje á lo ménos acabar en paz. Si hubiese hecho por Dios lo que he hecho

por él, me habría salvado dos veces; ahora no sé lo que sucedera.»

Después de Sully, Colbert fué el ministro más útil y mejor que ha tenido Francia. El orgulloso Louvois pudo ya desde este momento lanzar á su soberano por la senda fatal de la preponderancia y de la ambición; y no queriendo por otra parte disminuir el poder con el desarme del ejército, aconsejó al rey empezase una guerra de fiscalización, que tendría por resultado otra de armas. Le hizo crear *cámaras de reunión*, las cuales examinaban la estricta extensión de las concesiones y *dependencias* obtenidas según los tratados de Westfalia, de Aquisgran y de Nimega, publicando con este objeto dos leyes nuevas en el derecho, ó puramente francesas; siendo la primera, que según la ley sálica, toda tierra que hubiese pertenecido una vez á la corona, no podía ya ser separada de ella, y la otra, que todos aquellos príncipes que poseyesen señoríos procedentes de los Estados episcopales, y que hubiesen sido cedidos al rey de Francia, debían reconocer su soberanía sobre tales posesiones. De esta manera Luis se hizo con mayores países que con la guerra, sosteniendo sus pretensiones con mantener en pié el ejército cuando ya las demás naciones habían licenciado el suyo. Por tanto, después que la Cámara hizo las convenientes adjudicaciones, Louvois marchó con el ejército á sorprender varios puntos, y especialmente Strasburgo, llave del Rhin,



donde halló un magnífico parque con novecientas piezas de arcillería.

Por este tiempo el mar era el campo en que se media al poder de las naciones; por tanto, Luis tenía vivos deseos de hacer ver las cuantiosas fuerzas que en él había reunido.

Los cuatro Estados berberiscos de Africa, continuaban amenazando al comercio y á las costas meridionales de Europa. En el año 1500, Hassan, que se jactaba de ser descendiente de Mahoma, y que observaba su religión, la reformó en Marruecos, tomando el nombre de Sheriff, con el cual sus hijos ocuparon también á Fez y extendieron su imperio hasta los confines de la Guinea. Después, en 1630, Muley Abdel-Meleck tomó el título de emperador, declarándose independiente de la Puerta, y siguiéndose de aquí la más desenfadada tiranía, la cual nace siempre que se reúne el poder político al espiritual.

Argel, Túnez y Trípoli eran gobernados bajo la supremacía del Gran Señor, con la forma de una república militar, que se redujo posteriormente en los dos últimos puntos al más puro despotismo de los beyes ó gobernadores. Argel continuó con su antiguo gobierno, bajo el poder de un dey que quiere decir tío materno, el cual llegó á ser muy poderoso en el tiempo de que hablamos; y después de haber hecho mil correrías por el Mediterráneo, desembarcó hasta en las islas de la Madera, Irlanda é Islandia. Pirataba con cincuenta naves, componiéndose la tripulación de cada una de ellas de trescientos ó cuatrocientos hombres; este monstruo había sepultado en sus mazmorras á más de veinte mil cristianos; colgaba á los prisioneros holandeses, y quemaba á los españoles para parodiar de este modo sus autos de fe. Holanda propuso una liga para poner término á tales piraterías; pero no fué más oída que en el Congreso de Viena en 1815. Agradó á Luis la empresa, y mandó sus escuadras para amenazar á Trípoli y tomar por asalto á Argel.

Se cree que las primeras bombas fueron lanzadas por un tal Malhus en el sitio de la Rochela, pero sin darles dirección; Galileo y Torricelli enseñaron después el modo de dirigir las según la regla de Tartaglia, y desde esta época

ca llegaron á ser temibles. Bernardo Renau, del cual hemos hablado ya propuso la adopción de galeones, desde los cuales podían dispararse las bombas sin tener que desembarcar ni atrincherarse; consiguiendo por este medio llevar la muerte y la desolación á las fortalezas. Nunca se había usado este medio desde las embarcaciones, y causó gran extrañeza verle empleado contra Argel, obligando al dey á capitular. Si se tienen presentes los gastos que ocasionó esta empresa, puede decirse que fracasó, pues que no dió más resultado que un tratado de cien años, y la restitución de los prisioneros cristianos, obteniéndose lo mismo en Túnez y Trípoli. Poco después fué destruida una colonia francesa que se había establecido cerca de Bugía. El famoso renegado Mezzomorto, que por entónces mandaba las escuadras berberiscas, decía á los franceses: «Si vuestro amo me hubiese dado la mitad de lo que ha gastado, yo mismo hubiera destruido á Argel por mi mano.»

Luis salió mejor librado del infame asalto que dió á Génova. Envió una escuadra para que bombardease miserablemente aquella ciudad, lo que hizo imponiéndole las humillaciones que le plugo como vencedor. Para explicar esta conducta supuso el rey que la ciudad había provisto de municiones á los Argelinos; pero esta no era la verdadera razón, sino que comprendía que los genoveses se inclinaban á favor de España.

Sus súbditos clamaban, entretanto, oprimidos por gloria tan costosa; los bretones se sublevaron al grito de «viva el rey sin impuestos,» y nombraron un jefe; pero no tardaron en ser vendidos y severamente castigados, sin que por esto se removiesen las causas que habían producido aquella sublevación. Conternadas las potencias con semejantes usurpaciones, volvieron á tomar las armas; Suecia y los Estados Generales anudaron de nuevo la liga para sostener la integridad de los tratados, uniéndoseles el emperador, España y muchos países del Imperio Germánico. Pero éstos procedían con la lentitud acostumbrada; el emperador se veía en el caso de defender la Hungría y hasta Viena de los ataques de los Tur-



cos; la España misma se hallaba abatida; veíase á todos aterrados por un poder tan grande, al mismo tiempo que enervados por la corrupcion de las costumbres, que atrevidamente penetraba hasta en los mismos palacios; proviniendo de todo esto que la guerra terminase por una tregua de veinte años, asegurando así á la Francia sus recientes usurpaciones.

Con la mira de conservar la paz ó prevenirse contra la guerra, el emperador, los reyes de España y Suecia, el elector de Baviera, la casa de Sajonia, las ciudades de Franconia y de la parte alta del Rhin formaron en Augsburgo una nueva liga bajo la proteccion del principe de Orange, y el tiempo vino á demostrar la razon que tuvieron para ponerse á la defensiva. Apenas habrian trascurrido cuatro años de los veinte de la tregua de Ratisbona, cuando Luis empezó á divulgar que luego que el emperador hubiese hecho la paz con la Puerta, tenía el pensamiento de atacar á Francia; añadiendo tambien que su suegra la duquesa de Orleans tenía derecho á suceder en la línea electoral palatina, que habia concluido sin varones, aunque se oponian á esto las leyes del Imperio y un testamento; últimamente, que se le habia hecho una ofensa con posponer para elector de Colonia á su recomendado Clemente de Baviera. Como consecuencia de todo esto declaró la guerra, é inmediatamente invadió el Imperio.

Todas estas falsas y frívolas razones tenían por objeto encubrir la verdad, que era el humillar al principe Guillermo de Orange. Declarado éste estatuder hereditario, inauguró en Holanda una época de prosperidad; acalladas las divisiones interiores, llegó á ser árbitro de las relaciones extranjeras; hábil, político y acreditado guerrero, concibió el proyecto de limitar el poder de Luis XIV, «perturbador de la paz y enemigo comun de la cristiandad.» Richelieu y Mazarino hubieran cuidado de mantener á Francia en buenas relaciones con los Orange; pero Luis XIV, celoso por naturaleza, esquivó su trató y tomó el partido de los Estuardos para impedir que Guillermo ocupase el trono de Inglaterra, adonde le llamaban sus derechos y uno de los partidos. Pero la Euro-

pa, resentida ó asustada, se reunió nuevamente en Augsburgo y tomó las armas; Guillermo fué rey de la isla: Víctor Amadeo II de Saboya, viendo que Francia era el único obstáculo que se oponia á que aquélla se hiciese la primera potencia de Italia, formó alianza con la España, con el rey de Dinamarca y con los principes del imperio, y lo que es más aún, con Inglaterra, unida entónces con la Holanda; debiendo todos poner en pié de guerra 222.000 hombres. Para oponerse á esta alianza, Luis retiró las guarniciones de las fortalezas conquistadas en Alemania, ordenando que lo devastasen todo para interponer el desierto entre Francia y sus enemigos. Todo el Palatinado, parte del electorado de Tréveris, del margraviato de Baden y otros pueblos de las riberas del Rhin, fueron llevados á sangre y fuego, minados los puentes y saqueadas las casas. Mannheim, Worms y Spira fueron arrasadas hasta sus cimientos, robados los sepuleros de cuatro leguas de un lado y otro del Mosa. Duraron dos años los incendios, que fueron dirigidos por el mariscal de campo Melac, hombre feroz que dormia entre dos lobos y decia: *Comprendo que no soy el diablo como dicen, porque yo he hecho todo lo posible para tener relaciones con él, y no he podido conseguirlo.* Habiéndose preguntado al duque de Crequi por qué se conducia tan ferozmente contra aquella ciudad, respondió: *Así lo quiere el rey,* y presentó una lista de cerca de 200 ciudades y pueblos destinados al fuego.

Y aunque fuese cierto que Luis no sabia nada de esto, y que la orden procediese de Louvois, ¿tendria por ello disculpa? Tales crueldades, dignas de Gengis-kan, eran inútiles por demas, porque siendo el brazo de la guerra la Gran-Bretaña y Guillermo, convenia apoyar en aquel país á los Estuardos y aparejar nuevas naves. Pero como Seignelay, hijo de Colbert, apenas ocupó el ministerio de Marina, se le ocurriese para adquirir importancia la idea de bombardear á Génova, Luovois, para hacerle la contra, quiso que la guerra se hiciese en tierra, y así sucedió. Este constante forjador de guerras, habia adquirido un dominio absoluto



sobre Luis, no como otros lo habian conseguido, condescendiendo en todo con él, sino contrariándole siempre, habiendo llegado á tal extremo que interceptaba las cartas del rey, y entre ellas una del duque de Saboya, con el fin de impedir que las aclaraciones en ellas contenidas condujesen á un arreglo.

Habiendo observado el rey que una ventana del Trianon no guardaba simetría con las demas, Louvois sostuvo lo contrario, y porque las medidas que se tomaron le convencieron de que aquél tenía razon, dijo que pondria tantos obstáculos á Luis, que no pensaria en mandar corregirla, y efectivamente el ministro se salió con su propósito. En otra ocasion mudó por dos veces un cuerpo de guardia del puesto que el rey mismo le habia colocado. Despues de la destruccion del Palatinado, queria incendiar tambien á Tréveris; y empeñándose mucho más porque el rey se negaba á ello, entró un dia en su gabinete diciéndole, que persuadido de que su negativa consistia en escrúpulos de conciencia, él, tomando sobre sí toda la responsabilidad, habia ordenado el incendio. Luis, al oír aquellas palabras, hechó mano á unas tenazas para pegarle, asegurándole que le haria pagar con la cabeza aquella orden. Todo esto debía dar por resultado que el rey le retirase su gracia, y en consecuencia dió orden de conducirlo á la Bastilla, cuando un cólico violento le privó de la vida. Luis se alegró de su muerte, y se paseó largo tiempo al rededor del sitio donde yacia el cadáver de su señor; fué un gran ministro y llegó á la altura de los héroes y de los hombres malvados; dió á Luis XIV su gloria, y acarreó la desolacion de la Europa y la ruina de Francia.

Entretanto la guerra proseguia; pero por cumplir las promesas con que halagaba á los Estuardos, Luis hizo débiles esfuerzos en el mar, y la escuadra que dió á Jacobo para tentar un desembarco en Irlanda no dió resultado. Armó otra, y creyendo que los ingleses se levantarían en favor del pretendiente, mandó á Tourville que atacase al enemigo, *fuerte ó débil, sucediera lo que sucediese.* Presentó por tanto la batalla con cuarenta y cuatro naves á otras noventa y nueve inglesas y holandesas, capita-

neadas por el almirante Russel; el valor prodigioso de aquél no fué suficiente para llevar á feliz término tan insensata orden, y la jornada de la Hogue hizo probar á Luis la amargura de la derrota y el remordimiento de haberla ordenado él mismo. Fué tan terrible la impresion que causó en los marinos franceses esta desgracia, que creyeron ver invadidas las costas.

La Alemania tambien se preparaba en el continente para vengar aquellas matanzas, mientras que se hacían otras nuevas en Italia, en España, en los Países-Bajos y en las orillas del Rhin. Nicolás Catinat, gran general, elevado por Luis, fué el primer plebeyo que llegó al grado de mariscal sin haber puesto en juego la intriga para conseguirlo. Poco conocedor de las galanterías, exento de preocupaciones, sin que por esto afectase despreciarlas, conservándose filósofo á pesar de la guerra y de la exaltacion general, fué apellidado por los soldados Padre Pensamiento: en la córte ni obtenia favores ni los pedia. Preguntado por Luis en qué estado se hallaban sus negocios, respondió: *Tengo cuánto necesito.—Hé aquí el primero,* exclamó el rey, *que me habla en este lenguaje.*

Despues que por medio de la difícil y oscura guerra de las montañas venció en Saboya, recibió de Louvois el siguiente billete: *Aunque habeis servido mal al rey en esta campaña, su majestad se digna conservaros en su gracia.*

Mientras que el mariscal de Luxemburgo alcanzaba la famosa victoria de Fleurus, Catinat pasó á Italia, venció en Staffarda, y obligó á Víctor Amadeo á encerrarse en la capital, único punto que le quedaba. Pero éste, reforzado por los aliados, tomó la revancha, rechazó á los Franceses al otro lado de los Alpes, arrasó sus fronteras, y hasta que fué derrotado en Marsella no dejó de tomar una parte activa en aquella guerra. Despues de conseguido aquél triunfo, Catinat durmió en el campo, y habiéndose despertado, se encontró rodeado de los trofeos de sus victorias.

Luxemburgo fue llamado el tapicero de Nuestra Señora, por el gran número de banderas conquistadas que ofreció á aquel templo, pero ¿qué ventajas reportaba la gloria de las armas á la exhausta Francia? Recurrióse á los